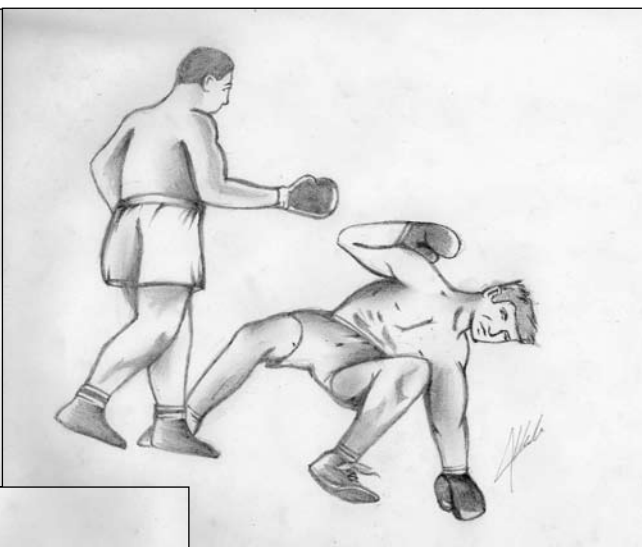


Tepito: impulsor del boxeo en México.

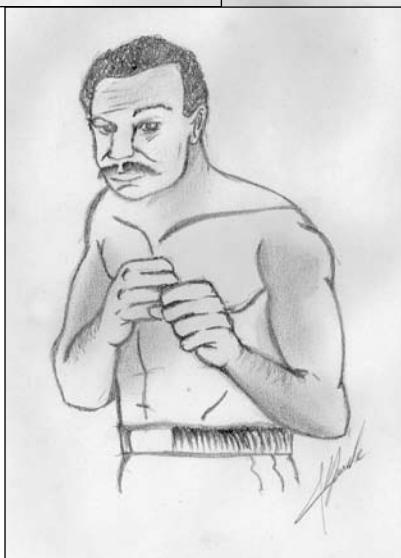
La vida de tres campeones

Román Vidal Tamayo



EN MEDIO DE INSOLENCIAS del bando de la policía, retachadas con recuerdo a sus madres, por parte de los moradores, fue desalojada la vecindad ubicada entre las calles de Jesús Carranza y Tenochtitlan del barrio de Tepito, la madrugada del día 14 de febrero de 2007. Los diarios capitalinos dieron cuenta del operativo policíaco, previa expropiación del predio, y de las declaraciones del Jefe de la Policía capitalina: “el barrio de Tepito es el principal punto de venta de droga en la ciudad, al comercializar diariamente más de media tonelada de marihuana y ocho kilos de cocaína....Pese a riesgo de ejecuciones, se mantendrá el operativo contra el crimen organizado”.

Y siguió la prensa informando sobre los planes gubernamentales y de algunos miembros de la iniciativa privada para recuperar de las “garras del crimen organizado” al tradicional “barrio bravo de Tepito”.



TÉPITO: IMPULSOR
DEL BOXEO MEXICANO

El barrio bravo de Tepito, también conocido con los sobrenombres de Tepis, Tepiscoloyo o Tepistock, Tepito es el barrio bravo por antonomasia. De origen prehispánico, está situado en la delegación Cuauhtémoc, al norte del Carmen y la Lagunilla y al sur de la ex glorietta de Peralvillo. Es el barrio de la venta de segunda mano, del reciclaje de

objetos para su comercio, saldos de ropa, fayuca, armas y drogas. Tepito es un gran mercado callejero donde es posible encontrar lo que uno desee si sabe preguntar a la persona adecuada. Es lugar para visitar acompañado de una persona conocedora del lugar y, sobre todo, ser discreto, porque “en Tepito se vende todo menos la dignidad”.

Pocos barrios acumulan la experiencia de sobrevivencia urbana que ha tenido Tepito, a través de la historia de la ciudad, Tepito lo ha sido todo: barrio Indígena, enclave Colonial, arrabal de la Ciudad de los Palacios, abrevadero cultural de los chilangos, ropero de los pobres, tianguis y tendajón de sobrinas, lunar y lupanar metropolitano y, sobre todo, semillero de campeones.

Al buscar los significados de la palabra Tepito, don Cecilio A. Robelo, autor del *Diccionario de Aztequismos*, señala que el nombre “se deriva del vocablo teocali-tepiton: pequeño templo o montículo de piedras, ubicado en la actual Plaza de fray Bartolomé de las Casas y que los indígenas llamaban Teocultepiton, nombre que los españoles terminaron por deformar diciéndole, simplemente, Tepito”

Tepito, originalmente se llamó Mecamalincó o barrio de los mecapaleros, del tianquiztli de Tlatelolco. Y en 1521, luego del prendimiento de Cuauhtemotzin, se le sobrepuso en nombre de Tequipeuhcan.

Fray Alonso de Molina en su *Vocabulario de la Lengua Castellana Mexicana*, afirma que “Tepito significa pequeño o poca cosa, y que proviene de tepiyotl, pequeñez; o tepitoyotl, cosa pequeña; refiriendo que era un barrio menor perteneciente a un barrio mayor”.

Pedro de Urdimalas, el célebre guionista de películas como “Nosotros los pobres” y que fue huésped de la Casa del Estudiante, ubicada en Tepito, refiere que el maestro Antonio Caso les comentaba que afuera del mercado El Volador proliferó un mercadeo de objetos y herramientas usadas, al que se le llamaba El tepo, apócope de fierro, y que a la nueva zona donde se vendía esos enseres, se le denominó “tepito”

Desde el punto de vista de la cultura popular, Tepito posee una identidad religiosa única cuya importancia ha sido remarcada por escritores, pintores y músicos tanto mexicanos como extranjeros. Éste es el culto a la *Santa Muerte*, adorada no sólo por criminales, truhanes, policías, narcotraficantes y por todos aquellos que “se la rifan”, sino también por la gente que pide protección, que necesita recuperar la salud o sus pertenencias robadas y, últimamente, a sus familiares secuestrados. También posee una vida nocturna vibrante, acentuada por el hecho de que Tepito colinda con Garibaldi, la zona de música de mariachi más famosa de México. ¡Ah! Y qué decir del caló, el lenguaje cifrado que usan los tepiteños y que el propio Urdimalas plasmó en sus célebres películas, y que han llevado al plano literario escritores como Armando Ramírez, Oscar Lewis

y Rafael Ramírez Heredia. El maestro Armando Jiménez hizo una recopilación del habla de esta región chilanga en su famoso libro “*Picardía Mexicana*”.

El acontecer y el protagonismo que atesora este solar nativo, ha contribuido a dignificar o a ensombrecer las tres palabras con las que en cada etapa de la ciudad, siempre ha pasado lista con su mismo nombre y apellidos: Tepito Barrio Bravo ¡PRESENTE!

Allá por los años 40 y todavía hasta los 70, a las siete de la noche todos los sábados, se preparaba el pueblo para disfrutar –entre gritos de emoción y sombrerazos– las transmisiones de Box desde la Arena Coliseo y posteriormente desde la Arena México, en cuyos cuadriláteros se medían boxeadores de talla internacional como Luis Castillo (el Acorazado de Bolsillo); el Kid Azteca, primer ídolo de esa época; Raúl “Ratón Macías”, Memo Diez, El Pajarito Moreno, José Becerra, Vicente Saldívar, El Toluco López, Jesús Castillo, José Medel, y después, quien ha sido considerado como uno de los más queridos por el público del box: Rubén Olivares, el famoso “Púas”; José Ángel, “el Mantequilla” Nápoles, uno de los mejores pesos welter a nivel mundial, y, más recientemente, el desaparecido Salvador Sánchez. Otros destacados han sido también Julio Cesar Chávez, Miguel Ángel González, Ricardo “Finito” López, Humberto “Chiquita” González y muchos otros que se dedican a esta actividad, orillados más por las circunstancias que por la afición al deporte, y que fueron motivo de admiración de nuestros padres y abuelos.

Un toque más al esparcimiento lo daban los locutores Toño Andere, *Sonny* Alarcón y Fray Nano, quienes tenían a su cargo las transmisiones, primero por radio, y después por televisión. En la arena, destacaban como *referees* Cesar Arroyo y Ramón Berumen. Y fue Tepito el bastión más importante de la cultura del boxeo, deporte que ha sido escape, espectáculo y aspiración del pueblo.

Entre las figuras más destacadas en esta actividad se encuentran los personajes que menciono en seguida:

VICENTE SALDÍVAR, UN BOXEADOR EJEMPLAR

“El Zurdo de Oro”, Vicente Saldívar, se coronó campeón mundial de los pesos pluma, el 26 de septiembre de 1964, al noquear al cubano Ultiminio Ramos en el Tereo de Cuatro Caminos. Fue el segundo campeón mundial mexicano en ese peso. Tras una serie de defensas se retiró el 14 de octubre de 1967, tras derrotar al inglés Howard Winstone en el Estadio Azteca.

Vicente, manejado por Adolfo “Negro” Pérez, llegó al boxeo en el momento preciso, cuando nuestro país en esas fechas no tenía un solo monarca, y durante casi toda su trayectoria solamente el fue nuestro único campeón.

“Las victorias se obtienen en el gimnasio” Era el lema del campeón Vicente Saldívar, boxeador profesional cien por ciento; ejemplo de disciplina, constancia y dedicación,



Vicente Saldívar, ‘El zurdo de oro’, en plena preparación para una de sus grandes peleas

dentro de esa profesión. “Cuando uno sube al ring todo está hecho ya, lo único que queda es cumplir al pie de la letra el método pensado con anterioridad”. Estas declaraciones fueron dichas por Saldívar al retornar a los cuadriláteros después de un receso de dos años.

“Regreso alentado por el deseo que siente todo ser humano, al estar dentro de lo que le satisface. He vuelto a pelear porque en el box me siento a gusto y porque le guardo un gran cariño a este deporte que tantas satisfacciones me ha brindado. En él he conseguido lo que quizá, en otro terreno, me hubiera sido bastante más trabajoso”. Agregaba nuestro campeón.

Lo que más llamaba la atención, al entablar la conversación con este peleador, era su aplomo y seriedad. Era un hombre inteligente y con gran capacidad discursiva, lo que revelaba una amplia cultura. Es seguro que de no haberse dedicado al boxeo, Saldívar hubiera sido un profesional destacado en cualquier otra actividad.

Esa seriedad suya hacía que el cariño y admiración que el público sentía hacia él como boxeador, se agrandara al tratarlo como persona. Cuando tuve la oportunidad de visitarlo en su campo de entrenamiento, no se encontraba en México su entrenador Adolfo “Negro” Pérez, y no obstante, Vicente acudía al adiestramiento diario como si lo estuvieran vigilando, porque sabía que quien sufriría las consecuencias de un mal entrenamiento, era él y nadie más.

Al anunciar su retorno a los cuadriláteros, se revivía el recuerdo de las muchas emociones que brindaba en cada combate: ya fuera la disputa del campeonato nacional de su división o el título mundial. Se le llegó a aconsejar que lo mejor sería que ya no intentara volver, porque esos dos años de retiro podrían haber mermado sus facultades y que lo mejor sería que el recuerdo que de él se guardaba, quedara así; que no se opacara con las actuaciones de un boxeador minado por el tiempo. Pero ¿qué significaban veinte meses de inactividad para un boxeador como Saldívar, quien llevaba una vida tan disciplinada? Absolutamente nada; todo lo contrario, ese lapso le sirvió para descansar de la tensión psicológica que conlleva la posesión de un campeonato mundial.

Sus representantes deseaban que al regresar se le reconocieran a Vicente los méritos que había hecho antes de su inopinado abandono; sin embargo, no sucedió así, antes de poder disputar el campeonato mundial, fue necesario que demostrara, si aún conservaba las cualidades que lo habían llevado a ostentar el título, y así lo hizo. En Los Ángeles, California se enfrentó al púgil que detentaba el primer lugar de la clasificación mundial, el cubano radicado en España, José Legrá quien también había sido campeón mundial por seis meses.

Legrá fue el indicado para valorar las condiciones en que Saldívar se encontraba. La decisión ganada por el excampeón mexicano, dio pie a los cubanos para que alegaran que habían sido robados, dando con ello una muestra de falta de honradez; ya que las declaraciones hechas inmediatamente después de la pelea, no coincidían con las que hicieron cuando regresaron a España. Como esto mismo sucedió cuando Legrá perdió el campeonato en manos de Johnny Famechón, dichas declaraciones no repercutieron nocivamente sobre el mexicano; sólo restaron seriedad al peleador cubano y a sus representantes.

Salvo en los tres primeros rounds, cuando la derecha de Legrá sorprendió al zurdo mexicano, la pelea fue completamente ganada por el nuestro. En el tercer asalto, una rápida derecha colocada plenamente en la mandíbula de Saldívar, hizo que éste cayera a la lona y aunque se incorporó de inmediato, tuvo que recibir la cuenta de protección. Nunca se volvió a repetir ese golpe; los mejores ataques que de ahí en adelante hicieron blanco, fueron los de Vicente que terminó arrollando a su oponente.

Era natural que Vicente se notara fuera de distancia en los primeros asaltos, porque su adversario no daba pelea, más bien la esquivaba con rápidos movimientos, además,

a esto se debe agregar el nerviosismo de Saldívar, porque para él esa pelea era de gran significado; necesitaba demostrarse a sí mismo que sus facultades se encontraban aún en plenitud y convencer también al público de que todavía podía aspirar a ceñirse la corona que abandonó aquel 14 de octubre de 1967.

En esa ocasión, pocos fueron los que comprendieron el motivo de su decisión, porque Saldívar se encontraba en pleno apogeo de su carrera. Acababa de abatir por tercera ocasión al galés Howard Winstone y esta vez en forma más contundente que en las anteriores. Nadie aparecía en su horizonte, capaz de poner en peligro su campeonato. Esto fue tal vez, lo que le impelió a tomar una repentina solución; no quería ya que los aficionados lo vieran enfrentarse siempre con los mismos rivales; porque cuando dos boxeadores llegan a pelear más de dos veces, llegan a conocerse tanto que los combates resultan sin emoción, y el público ya no los ve con el mismo interés

La carrera de Vicente Saldívar es muy singular dentro del boxeo mexicano; debutó en 1962 peleando contra “Baby” Palacios, en Iguala, Gro., y ganó por nocaut en tres asaltos; pero no se le tomó en cuenta sino hasta después del 29 de diciembre de ese mismo año, cuando fue derrotado por descalificación frente a Babe Luis, en su primera pelea en una función al aire libre.

Esta decisión de los jueces fue bastante discutida; ya que el cabezazo que le costó la descalificación, fue conectado por el boxeador cubano, quien gracias a su mayor experiencia, atacaba con la cabeza y en una de tantas ocasiones, él mismo se lesionó. Como la herida era de bastante consideración, los jueces otorgaron el triunfo al cubano, quebrando así una impecable carrera.

El resultado de esta desafortunada pelea, no fue del todo negativo, porque hasta el momento de la suspensión, Vicente iba dominando al cubano, lo que le valió el aplauso de los aficionados que consideraron que lo más recto hubiera sido dictaminar un empate técnico.

Más tarde, Saldívar tomó el desquite de Babe Luis, noqueándolo en cinco rounds. Esta demostración de poderío que dio al vencer al cubano, considerado como uno de los aspirantes al cetro mundial, le abrió las puertas a nuevas oportunidades. El 8 de febrero de 1964 le ganó el campeonato nacional a Juan “Chintololo” Ramírez, a quien noqueó en seis asaltos. Todavía en esta ocasión, nadie se imaginaba que en él se estaba gestando el nuevo campeón mundial de peso pluma. Como Juanito Ramírez no fue nunca un gran boxeador, se pensaba que si Vicente

lo había derrotado, era porque tenía un poco más de clase que el muchacho de Azcapotzalco.

No fue sino hasta cuando venció a Lalo Guerrero, defendiendo el cetro nacional, que el público comenzó a fijarse en él, porque Guerrero no era ninguna perita en dulce para nadie; frente al “Toluco” López había ofrecido combates llenos de colorido que hacían abarrotarse la arena cuando se anunciaban sus peleas.

Los doce asaltos que duró la pelea entre Saldívar y Guerrero mantuvieron al público en constante tensión; nadie se movía de sus asientos porque no sabían en qué momento podía surgir el desenlace. Cuando terminó la contienda, pocos eran los que daban como vencedor a Lalo Guerrero, ya que había sido dominado ampliamente.

Poco tiempo después, le esperaban empresas de mayor trascendencia, el primero de junio de 1964 Vicente fue enfrentado a Ismael Laguna, en Tijuana, y lo venció por decisión en diez rounds. Cuando se pactó el combate, todos creían que sus representantes se habían precipitado; le daban pocas oportunidades de triunfo, principalmente porque el panameño estaba considerado como el más peligroso rival que podía tener el entonces campeón, Ultimio Ramos. Como la pelea se presentaba para eliminar a los retadores de Ramos, muchos pensaban que se había escogido al mexicano para allanarle el camino a Laguna. Hasta el panameño y sus representantes estaban seguros de que el zurdo no representaría grave problemas, daban por segura la victoria. Pero ¡qué sorpresa! Cuando Ismael Laguna creía encontrar a un muchacho que con sólo escuchar su nombre en labios del anunciador, se atemorizaría, halló a un boxeador que estaba dispuesto a no desaprovechar la oportunidad de aspirar a la pelea por el título mundial.

Cuando Laguna escuchó el veredicto de los jueces, declaró que era lo justo y elogió grandemente a nuestro púgil; pero al llegar a su país hizo lo que todos los malos deportistas, cuando no aceptan que haya alguien mejor que ellos. Dijo que en México los árbitros favorecían a nuestros boxeadores y que los extranjeros de antemano venían vencidos; que únicamente noqueando, no había manera de que les robaran los triunfos. Esta pelea con Ismael Laguna fue el paso definitivo para la conquista del título mundial. Ahora sólo era cuestión de esperar a que los empresarios le tuvieran la suficiente confianza para montar una pelea que sería su consagración definitiva o, tal vez, su fracaso más rotundo.

Fue organizada la pelea titular para el 26 de septiembre de 1964, en el Toreo de Cuatro Caminos. No obstante todas

las demostraciones dadas desde que obtuvo el campeonato nacional, pocos eran los aficionados que pensaban en que el joven mexicano de 21 años, pudiera derrotar a un hombre que, hasta entonces, había demostrado ser uno de los más grandes campeones que haya tenido la división de las 156 libras: Ultiminio Ramos, peleador originario de Matanzas, Cuba, que se había coronado al derrotar a Davey Moore, y como en las tres defensas que había hecho de su corona; primero con Rafiu King, después con Mitsunori Seki y luego ante Floyd Robertson, había tenido problemas para estar dentro del peso, esa era la ventaja que todos le daban a Vicente; se decía que Ultiminio se debilitaría bastante para lograr el peso y que no daría una pelea de peligro.

Contra todas las recomendaciones hechas por amigos y enemigos, Saldívar no salió a evitar solamente el nocaut; por el contrario, desde el principio comenzó a desarrollar una metódica pelea que fue acabando poco a poco al campeón. La pelea fue más de astucia que de técnica; los golpes de Saldívar, con poca potencia, quizá, pero muy reiterativos, comenzaron a acabar con las energías que Ultiminio había guardado para salir airoso.

Únicamente una ocasión los puños del cubano lograron pegar en su objetivo con toda su bárbara potencia, con lo que el mexicano salió disparado de su lugar. Esto ocurrió en el cuarto round y no bastó esa muestra de peligro para amedrentarlo. Tal parecía que en esos instantes se hubiera decidido a ganar la corona. El golpeo de su oponente no era lo suficientemente fuerte como para impedirle satisfacer el anhelo que todo boxeador profesional tiene: el de lograr el título mundial de su división.

Del quinto round en adelante, la pelea estuvo controlada por Saldívar, con esporádicas erupciones del estilo del cubano; pero la movilidad del mexicano y su persistente acometida hacían que Ultiminio fallara golpe tras golpe. En el décimo round ocurrió lo increíble; el hombre que parecía invencible, estaba derrotado. El último asalto fue el undécimo. La pelea fue suspendida cuando sólo la entereza del buen peleador, hacía que Ultiminio se incorporara de la lona, con la sorpresa de la que no lograba reponerse; ni él mismo creía estar dominado en esa forma; pero ahí estaba el mexicano de pie, mientras el orgulloso campeón yacía en el enlonado.

Nadie esperó el veredicto; en cuanto se encendieron los focos rojos señalando que el campeonato cambiaría de manos, los aficionados invadieron con sus vítores el ambiente: Saldívar era el primer campeón mundial de peso pluma que tenía nuestro país. Antes de él, ya había existido

un campeón pluma nacido en territorio mexicano, Alberto "Chalky" Wright, hijo de padres estadounidenses, y aunque él se sentía orgulloso por haber visto la luz primera en tierras mexicanas, era un producto del boxeo de Estados Unidos.

En un lapso de poco menos de ocho meses, Vicente Saldívar obtuvo el campeonato nacional y lo retuvo frente a Lalo Guerrero; consiguió la oportunidad titular al vencer a Ismael Laguna y arrebató el cetro universal a Ramos. Antes de coronarse, había sostenido veinticuatro peleas profesionales y sólo había sido derrotado por Babe Luis aquel 29 de diciembre de 1962.

Como Vicente Saldívar ostentaba el título nacional al conquistar el cetro mundial, se encontró con un grave problema: tenía que exponer el campeonato nacional con el peleador que la Comisión de Box designara. En las primeras declaraciones después de la pelea con Ultiminio Ramos, manifestaron él y sus representantes, que no abdicaría al cetro mexicano; que deseaba demostrar que era un digno monarca nacional; pero las dificultades que tuvo cuando defendió este cinturón frente a Fino Rosales en León, Gto., el 6 de diciembre de 1964, lo hicieron recapacitar y al año siguiente renunció a él.

Su pelea con Fino Rosales estaba programada a doce asaltos, como todas las de campeonato nacional y la sorpresa general fue mayúscula cuando Rosales hizo que el monarca cayera a la lona en el penúltimo round. Después de presenciar la exhibición que diera frente a Ultiminio Ramos, no se concebía que un boxeador tan modesto como lo era Rosales, pudiera representar siquiera un problema minúsculo al campeón; sin embargo, este peleador también buscaba la oportunidad de colocarse en una situación más favorable y si no lo hacía frente al hombre que en esos momentos ocupaba la atención mundial, jamás tendría una nueva oportunidad; Fino Rosales trató de lucirse y sólo hasta el último asalto Saldívar pudo terminar con él.

La primera defensa del campeonato mundial que hizo Saldívar fue frente a Raúl Rojas, en Los Ángeles, California, el 7 de mayo de 1965, y retuvo el cetro noqueando al estadounidense en el penúltimo round de una pelea pactada a quince. Rojas no era un buen boxeador; más bien era un producto de la publicidad, poseía un estilo atropellado y muchas veces hacía que sus rivales resultaran cortados de las cejas o de los pómulos por los golpes dados con la cabeza. Tampoco ante él Saldívar pudo lucir lo que se esperaba; para apreciar su calidad era necesario ver su desempeño ante retadores de mayor valía y poder calibrar hasta qué punto era merecedor del título que ostentaba.

Y vino la primera pelea contra Howard Winstone, boxeador originario de Gales, muy temido en el Imperio Británico; pocos eran los que se atrevían a enfrentársele en Londres o en Cardiff. Hasta allá fue el mexicano a acallar de una vez por todas las suspicacias de algunos. Contra lo impuesto por otros campeones, Saldívar no sólo daba la oportunidad titular, sino que se enfrentaba a los retadores en el lugar en donde mejor se desempeñaran, otorgándoles así la considerable ventaja de pelear ante su público.

Los quince rounds que duró el combate, el 7 de septiembre de 1965, fueron de incontables emociones. Nunca antes habían dominado en forma tan rotunda a Winstone. Fue tan clara la superioridad del mexicano que la decisión unánime de los jueces, no fue protestada por ninguno de los asistentes.

El público tenía deseos de ver en acción al campeón mundial, en nuestro territorio, y se planeó la primera defensa de su campeonato en una plaza mexicana. Como los ghaneses aún creían que Ultimino Ramos había perdido la pelea sostenida ante Floyd Robertson, se contrató al africano y se organizó la pelea el 12 de febrero de 1966, para satisfacer tanto a los mexicanos como a los ghaneses. Después de la exhibición dada en Londres, el público mexicano consideraba que el africano no representaría ningún problema para Saldívar. No se equivocaron, sólo dos rounds duró el combate y nunca se vio que Robertson pusiera en peligro el reinado de Vicente.

¡Cae Vicente Saldívar! Fue la exclamación de asombro y angustia que lanzaron los aficionados cuando defendía el cetro contra Mitsunori Seki el 7 de agosto de 1966. Nadie se imaginaba que nuestro monarca fuera a encontrar tantas dificultades para vencer al nipón, quien sin muchas presunciones publicitarias, pero con una voluntad firme, atacaba y desconcertaba al campeón que no atinaba a entender el plan de pelea de su oponente. Los siete primeros asaltos fueron controlados por el japonés, sin que Saldívar encontrara un antídoto eficaz para contrarrestarlo. Se llegó a pensar que el cetro viajaría hacia tierras orientales; sin embargo, en los últimos rounds se impuso la inteligencia del mexicano y el veredicto fue a su favor, por muy escaso margen. Tan cerrada fue la pelea que Seki dio a Saldívar, que meses después, el 29 de enero de 1967, se organizó la segunda entrevista, para de una vez por todas dejar en claro quién había sido el triunfador en la primera.

Al iniciarse la pelea, el japonés trató de desarrollar un plan muy parecido al de la anterior, plan que ahora era ya bastante conocido por el mexicano que para esta pelea

se preparó como nunca. Tenía muy honda la espina de la duda que existía en ciertos sectores por su anterior victoria. Comenzó atacando a su rival sin dejarlo desplazarse en la forma que acostumbraba y desarrolló el plan de ataque de ir siempre para adelante. Cuando Seki se desplomó para la cuenta final, las ovaciones aliviaron a Saldívar de aquella deuda que había contraído. A partir de esa vez, tuvo siempre la admiración de todos los mexicanos aficionados a este espectáculo.

No conformes los ingleses con que Vicente Saldívar derrotara a su ídolo, Howard Winstone, le ofrecieron la cantidad más alta que boxeador de peso pluma, hasta esa fecha, haya cobrado, para que el mexicano expusiera por



Cartel de la segunda pelea entre Vicente Saldívar y Howard Winstone por el campeonato mundial pluma

segunda ocasión su corona, esta vez en la capital galesa. Seguro de sí, el mexicano aceptó la jugosa oferta y viajó nuevamente hacia el Viejo Continente para pelear contra el galés el 15 de junio de 1967. El combate no fue más que la continuación del primero; Saldívar golpeó cuanto quiso al súbdito inglés.

La última defensa de su campeonato la hizo en el Estadio Azteca, frente al mismo peleador galés. En esa ocasión su dominio fue aún más aplastante, en esa combate Winston sufrió el primer nocaut de su carrera.

Como aficionado, Saldívar sostuvo alrededor de cuarenta y cinco peleas, en las que sufrió únicamente tres derrotas. En los Juegos Olímpicos de Roma, celebrados en 1960, Saldívar fue integrante del equipo mexicano. Adolfo "Negro" Pérez compró el contrato de Saldívar al entrenador José Merino, en cinco mil pesos, suma que parecía exorbitante por un boxeador que comenzaba. El tiempo dio la razón al "Negro", Vicente valía eso y más.

Adolfo Pérez, entrenador de Saldívar, dirigió también a otros grandes boxeadores, entre los que se pueden men-

cionar a Raúl “Ratón” Macías, cuando trabajaba al lado de Pancho Rosales; Gil Noriega, que luego estuvo bajo las órdenes de “Kid Rapidez”, Aurelio Muñiz que también llegó a ser campeón nacional pluma. Dentro del box amateur, condujo al grupo que viajó a Cuba, y a los muchachos que viajaron a los Estados Unidos y que trajeron varios trofeos y medallas para México.

Respecto a la disciplina a que debe someterse cualquier deportista, Saldívar nos dio sus opiniones:

En el box como en cualquier otra ocupación, para mantenerse en las condiciones requeridas, es necesario prepararse uno día con día y observar fielmente las indicaciones de quien nos dirige. Todos sabemos que no hay enemigo pequeño, cualquier adversario por insignificante que parezca, representa problemas a la hora del combate, porque todos subimos al cuadrilátero con el deseo fijo de salir victoriosos; algunos limpiamente y otros no.

La mayor satisfacción que el box me ha brindado, ha sido la consecución del título mundial. La vida por su parte, me ha enseñado cosas muy valiosas y eso es lo que tengo que agradecerle.

Si obtengo la oportunidad de pelear con cualquiera de los dos campeones actuales, trataré de unificar el cetro; ya que nada me satisfará más, que volver a ser el campeón reconocido por todo el mundo. No dejo de pensar que Saijye y Famechón representan lo mejor de la división. Si no fuera así, no serían los campeones. Yo me enfrentaré con quien decidan mis representantes.

Mis padres siempre me han impulsado en todas las actividades a que me he dedicado, ellos siempre hicieron lo posible porque mis hermanos y yo no careciéramos de nada. Yo terminé mis estudios secundarios y me dediqué al box como lo hubiera hecho por cualquier otro deporte que me hubiera llamado la atención. Estoy contento, he ganado lo suficiente para vivir honestamente y como no me he saturado de él, vuelvo otra vez.

No esperaré eternamente la oportunidad titular, si ya demostré que sigo conservando mis buenas condiciones, es justo que me den las facilidades que yo ofrecí siempre a quien me lo pidió. De no obtener la pelea por el campeonato en dos o tres meses, tendremos que decidir mi entrenador y yo, el camino que debemos seguir.

Vicente regresó en 1970 y capturó nuevamente la corona ante Johnny Famechón en Roma y en su primera defensa fue retirado por el japonés Kuniaki Shibata.

Retirado de los cuadriláteros, Vicente se casó con la vedette Malú Reyes, con quien procreó un hijo y luego se divorció. Su vida fue discreta y siempre conservó la disciplina que lo caracterizó cuando era boxeador. Murió muy joven y la noticia de su deceso causó pesar entre los aficionados que siempre lo recuerdan como un gran campeón.

RUBÉN OLIVARES, PUÑOS AFORTUNADOS

“Traeré el campeonato”, fueron las palabras que Rubén Olivares dijo como despedida a los aficionados cuando partió rumbo a Los Ángeles, California, en pos del campeonato mundial de los pesos gallo. Rubén representaba una esperanza más del público mexicano para que retornara a nuestro país el cetro que al abdicar José Becerra, había estado fuera de nuestras fronteras por espacio de nueve años, y que, sin éxito, otro púgil nuestro: Chucho Castillo, había disputado al australiano Lionel Rose, en diciembre de 1968.

Esa seguridad del muchacho de la colonia Tablas de San Agustín, hacía que en todos los apasionados al deporte de los puños, se diera como un hecho la recuperación del título que tan brillantes exponentes había tenido dentro de nuestro boxeo. No se equivocaron los que creían en él; Olivares cumplió con la promesa hecha y hasta sus más acervos críticos lo elogiaron cuando sobre el cuadrilátero del Foro de Inglewood, suburbio cercano a Los Ángeles, descargó todas sus ansias de triunfo sobre el aborigen del quinto continente, quien ante tal demostración de superioridad, se quedó impotente.

La pelea fue una de las más inolvidables. Desde el primer tañido de la campana, ambos contendientes se enfrascaron en ruda batalla. Olivares le clavaba a Rose los puños una y otra vez, y los estragos que hacían en cada ocasión eran más y más contundentes. El reto que se suponía ser el más difícil para el boxeador mexicano, a fin de cuentas fue de fácil dominio. El resultado no fue más que el fruto de un plan perfectamente bien delineado, que consistía en acabar pronto con su rival, a lo cual se prestó el amor propio de quien, por un afán de demostrar que podía sostener el combate frente a cualquier estilo, equivocó la táctica al contestar en la misma forma que su adversario, con la desventaja de no ser de su técnica acostumbrada.

Aun cuando Rose hubiera abusado de sus habilidades de experto boxeador, Olivares habría sabido contrarrestarlas; ya que esa noche sólo algún problema imprevisto le hubiera impedido coronarse; porque cada movimiento sobre el ring lo hacía con la mira puesta en la corona y con el deseo de demostrar a sus detractores la verdadera valía de sus puños.

Cuando en el segundo round se desplomó por primera ocasión el australiano, el griterío del público corroboró a Olivares que su estrategia era la adecuada; que no debería dar a Rose ninguna oportunidad de desarrollar su boxeo

a base de piernas y movimientos de cintura; que debía continuar con su acoso al cuerpo, seguido de los potentes golpes de izquierda a la mandíbula que hacían estremecer de pies a cabeza al hasta entonces monarca. En nadie cabía ya la menor duda de que el mexicano conquistaría el cetro, todos gozaban ya del surgimiento de un nuevo campeón, el tercero de nacionalidad mexicana y el que puede colocarse, sin desdoro, al lado de los más grandes campeones de la división de los pesos gallo.

Fue indescriptible la reacción de los aficionados cuando el réferi optó por izar a Rubén Olivares la diestra, y declararlo nuevo titular de los pesos gallo, sin contarle al australiano los diez segundos de rigor. Todos trataron de acercársele a Olivares y hacerle patente su reconocimiento a la labor realizada, no sólo en esa pelea del 22 de agosto de 1969; sino en todas las que hasta ese entonces formaban su historial dentro del boxeo profesional.

Si en Los Ángeles las demostraciones de júbilo fueron muchas, al llegar a la capital mexicana, fueron superadas; algunos aficionados, burlando la vigilancia, lograron llegar hasta la escalerilla misma del avión para recibir a quien había cumplido su promesa. Fueron tantos los abrazos recibidos que después de la bienvenida, resultó más maltrecho que de la pelea titular. Sí, el público lo lastimó más que el propio Lionel Rose, sólo que aquí se trataba de muestras de cariño, no de golpes de alguien que seguro de ser vencido, los lanzaba con la esperanza de asestar alguno que lo salvara de la inminente derrota.

Rubén Olivares se inició en el boxeo de aficionados en 1964, en el torneo de los “Guantes de Oro”, evento que se realizaba año con año para dar oportunidad a los nuevos valores. En esa ocasión resultó campeón de peso mosca, y cuenta su manejador que cuando iba a disputar la pelea final, que decidiría al triunfador, se le prohibió a Olivares subir al cuadrilátero, porque tenía la mandíbula fracturada.

El hecho de no presentarse le hubiera valido una derrota por *default*; así que rogó a su representante que le permitiera combatir. Eran tan grandes sus deseos de obtener ese título que le abriría las puertas al boxeo profesional, que no recapacitaba en lo peligroso de este encuentro. Tras muchas razones de una y otra parte, se decidió al fin, que peleara y para mitigar el dolor de la fractura, se le inyectó un calmante. Esa vez arrolló a su rival y obtuvo el que fue su primer cetro, todavía dentro del box de aficionados.

La inclinación por el box le nació, según afirmación del propio Olivares, debido a que en la escuela siempre tuvo dificultades con sus condiscípulos, y que también, después

de cursar el primer año de segunda enseñanza, se le acabó el interés por los libros. El quería dar rienda suelta a la afición que desde temprana edad había acariciado, deseaba experimentar la sensación de estar sobre un cuadrilátero y observar las exigencias dentro del gimnasio. Para iniciarse en esa aventura contó con la buena suerte de conocer a don



Rubén “Púas” Olivares. Ex campeón mundial de pesos gallo y pluma

Manuel “Chilero” Carrillo, quien inmediatamente vio en él las posibilidades de un buen boxeador.

Cuando Rubén comenzó a dar sus primeros pasos dentro del boxeo, se estaba haciendo la selección de boxeadores que representarían a nuestro país en la Olimpiada de Tokio. Su representante hizo las gestiones necesarias para que fuera incluido en el grupo eliminatorio; pero, debido a dos derrotas: una frente a Fernando Blanco y otra ante Octavio “Famoso” Gómez, se le impidió viajar con el equipo mexicano. Después tuvo la oportunidad de reivindicarse en el ya mencionado torneo de los “Guantes de Oro”.

Una de las características de la personalidad de este campeón ha sido la jovialidad. Allá, por 1969, tuve la oportunidad de entrevistarle y percatarme de que siempre se encontraba rodeado de amigos y de familiares. Ponía poca atención a mis preguntas, pero las respondía de inmediato, salpimentadas siempre con agradables gracejadas que le fluyen intempestivamente, dando rienda suelta a los modismos característicos del habla popular de la capital. Sin embargo asumió una gran seriedad cuando le pedí que hablara sobre su vida:

Mire usted, este es el cinturón que prometí. Ahora que uno ve coronados sus esfuerzos, es cuando se hace un balance de las satisfacciones y sinsabores que esta profesión trae; es cuando nos damos cuenta de lo que valen los sacrificios que este deporte impone.

Nací el 14 de enero de 1947, en esta colonia que unos llaman Río Blanco y otros Bondojoito; pero que en realidad se denomina Tablas de San Agustín. Mis padres, don Salomón Olivares y doña Esperanza Ávila, siempre trataron de que yo estudiara; pero yo nunca tenía sosiego, ni ponía atención a lo que el profesor explicaba; por eso nunca respondía a lo que se me preguntaba.

Y no es que fuera falto de inteligencia, lo que pasaba era que tenía otras inquietudes. A los dieciséis años, un día decidí satisfacer la curiosidad de entrar a un gimnasio; ahí supe lo que era emplear los puños con cálculo, no a la ligera como lo hacía en los pleitos callejeros de chamacos.

Me fue atrayendo más y más este deporte, sobre todo, porque sabía que conectaba fuertemente los golpes y, para fortuna mía, conocí a personas muy expertas en la materia y no tuve grandes problemas ni penalidades para llegar a mi meta; salvo las absteniciones a que todo boxeador debe someterse, tales como alejarse completamente de sus amigos, por algún tiempo, mantener una rigurosa dieta y no desvelarse en diversiones.

Mi nueva ocupación causó un serio disgusto a mis padres, pero yo siempre les demostré que también fuera del ring sabía ganarme la vida y que no iba a defraudar su buen ejemplo, porque los dos han sido muy rectos y trabajadores, gracias a tu tesón, siempre tuvimos, aunque modestamente, lo necesario para vivir.

Mi primera pelea profesional la sostuve contra Isidro Sotelo en 1965, y gané por nocaut en el primer round. De ahí, todos los demás combates que sostuve, fueron una cadena de nocauts, hasta la número veintitrés, en 1967, cuando derroté por decisión, en diez asaltos, a Felipe González. Ese mismo año me enfrenté a Germán Bastidas que también resistió toda la contienda y como resultado obtuve un empate. Necesité esperar casi un año para lavar la afrenta que representaba Bastidas y en esta segunda ocasión, puse todos mis esfuerzos para que no se repitiera otra vez lo mismo; el resultado todos los saben, Bastida cayó en el quinto round.

La obtención del campeonato mundial —continúa hablando Olivares—, me ha dejado satisfecho; pero esto no colma todas mis aspiraciones. Considero que de ahora en adelante pesará sobre mí la responsabilidad de ser el campeón. Siempre que pelee necesito demostrar que soy el mejor. Mi mayor ilusión es que cuando me retire pueda decirle a los aficionados: ahí está el título; ya no deseo continuar en el box, me retiro invicto.

El peleador más difícil con quien me he encontrado, es el filipino Ernie de la Cruz, quien logró tirarme a la lona, porque no pude descifrar su estilo hasta el noveno round en que lo noqueé. Aunque pienso que todos los boxeadores representan un problema, nunca se está seguro de resultar vencedor; cualquiera puede darnos un susto; pero hay que tratar de pegarles antes de que ellos manden sus golpes, eso es precisamente lo que he hecho yo.

Ahora creo tener los merecimientos necesarios para cobrar altas sumas, hasta el día 22 de agosto me pagaron como aspirante, de ahora en adelante tendrán que pagarme como campeón. Nunca imaginé poder llegar a decir esto. Uno está acostumbrado a obtener pocos ingresos y cuando se le presenta la oportunidad

de poder ganar más, hay que aprovecharla para salir de lo que uno es. Ojalá que muchos otros jóvenes, tengan las facilidades como yo para superarse, no sólo en el boxeo; sino en cualquier otra profesión que escojan.

Admiro a muchos boxeadores; pero el que siempre ha tenido mi respeto y cariño, desde luego que en su vida dentro de los cuadriláteros, es José el “Toluco” López; siempre me emocionaban sus peleas y la forma en que el público se le entregaba. Me gustaría llegar a ser como él; hacer sentir a los aficionados lo que yo experimento cuando estoy sobre un ring y que ellos me traten como lo hacían con el “Toluco”. El era un hombre que cuando se paraba en el ring daba todo lo que tenía. Pocos son los peleadores que despiertan tantas muestras de adhesión como las que él tuvo.

La más grande emoción que he sentido fue cuando me recibieron los aficionados al regresar de mi pelea con Lionel Rose; el público siempre me había tratado con hostilidad, porque tenía la suerte de acabar pronto con mis adversarios; pero ahora que obtuve el título, vieron que habían sido injustos y me pagaron con creces las satisfacciones que me debían. Espero que siempre me traten así, que yo, por mi parte, haré lo humanamente posible por no defraudarlos. Puedo decirles que el campeonato se quedará por muchos años en México.

Debido a las dudas del público por la impresionante serie de triunfos obtenidos, cuando Olivares se enfrentó a Ushiwakamaru Harada, el 14 de octubre de 1967, en su primera pelea internacional, el público no le concedía muchas posibilidades de triunfo. Desde el inicio del encuentro el japonés buscó la oportunidad de terminar pronto con el nuestro, buscando la victoria que le hubiera rendido pingües dividendos en el plano internacional, porque era una buena tarjeta de presentación, derrotar a un boxeador mexicano; más si este se encontraba invicto; pero Harada no contaba con que el hombre a quien se iba a enfrentar, era incansable cuando de lanzar golpes se trataba. Sólo dos asaltos soportó el japonés y terminó derrotado por nocaut técnico.

Esta victoria sólo pudo ser aquilatada por los aficionados mexicanos y extranjeros, cuando posteriormente, el nipón dio reñidas batallas a boxeadores más experimentados.

El triunfo que le atrajo la atención y consideración de las organizaciones internacionales de boxeo, fue el que obtuvo Olivares frente al italiano Salvatore Burrini en 1968. Este peleador había sido campeón mundial de peso mosca, título al que había renunciado para colocarse entre los primeros aspirantes al campeonato mundial de peso gallo.

Otra vez, pocos eran los que confiaban en que el mexicano saliera airoso, muchos se daban por satisfechos con que tan sólo ofreciera resistencia al europeo ¡Qué equivocados

estaban! Los únicos que deberían haberse conformado con que su peleador diera un buen combate, eran los italianos; sólo tres asaltos duró Burruni. El réferi tuvo que suspender la pelea para evitar castigo innecesario al boxeador europeo, porque la superioridad del mexicano era manifiesta.

Entre los peleadores mexicanos que presentaron un serio peligro en la carrera de Olivares, se pueden mencionar a Octavio "Famoso" Gómez, quien como ya se dijo, lo derrotó en el terreno amateur; pero que fue vencido en cinco rounds cuando se enfrentaron en 1968, ya en el box profesional; otro fue José Medel que, aunque terminó con él por nocaut en ocho rounds, presentó bastante pelea, porque éste siempre fue un duro obstáculo para cualquier boxeador que se le enfrentara, y, al derrotarlo, Olivares dio un gran paso hacia la conquista del título que orgullosamente ostentó por varios años.

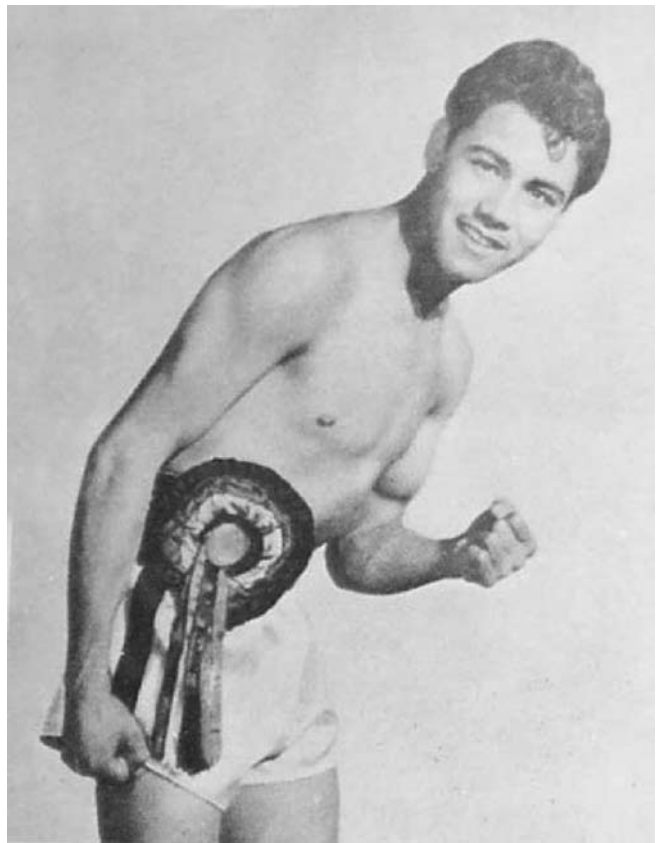
Hasta antes del nocaut, Medel había logrado esquivar los puños de su contrincante, poniendo en juego todos los conocimientos adquiridos a través de quince años de deambular por los cuadriláteros y enfrentarse a grandes boxeadores de todo el mundo.

México ha sido tierra de grandes boxeadores en la división de peso gallo, Rubén Olivares fue el tercero que obtuvo el título, reconocido por unanimidad de todas las organizaciones boxísticas mundiales; los otros dos anteriores fueron Manuel Ortiz y José Becerra. A Ortiz se le considera como el más grande boxeador de esta categoría y obtuvo el cetro al derrotar por decisión a Lou Salica, el 7 de agosto de 1942; conservó la corona por espacio de siete años, aunque durante unos meses se la arrebató Harold Dade.

El tapatío José Becerra noqueó al francés Alphonse Halimi el 8 de julio de 1959, y conservó sólo un año la corona; en 1960 se retiró después de defender el campeonato frente al japonés Kenji Yonekura, dejando vacante el título.

Otros mexicanos que han descollado dentro de esta división son: Raúl "Ratón" Macías que obtuvo el campeonato mundial, reconocido por la Asociación Nacional de Boxeo de Estados Unidos; José Medel, que en dos ocasiones trató de coronarse, una frente a Eder Jofre en Sao Paulo, Brasil; otra con Masahiko Harada, en Tokio, pero en ambas oportunidades fracasó; José "Toluco" López que no logró disputar el cetro, por su poca responsabilidad y otros más que podríamos seguir mencionando.

Si se compara a cualquiera de estos grandes boxeadores con Olivares, indudablemente estarían en desventaja en cuanto a su brillante carrera; porque nadie, incluyendo al gran Manuel Ortiz, ha logrado hilvanar tantos éxitos como Rubén.



Raúl "Ratón" Macías, Campeón Mundial Gallo NBA

Olivares sostuvo hasta la fecha de su consagración, cincuenta y una peleas, de las cuales alcanzó un triunfo por decisión, un empate y cuarenta y nueve nocauts. Con este récord se colocó al lado de Vic Towell, Jimmy Carruthers, Alphonse Halimi y Eder Jofre, quienes al igual que el mexicano lograron llegar invictos al título mundial.

Vic Towell originario de Benoni, Sudáfrica, obtuvo el campeonato al derrotar por decisión al mexicano Manuel Ortiz, en Johannesburgo, el 31 de mayo de 1950. Fue el combate número catorce del sudafricano, quien dentro del boxeo amateur tenía un historial de ciento ochenta y ocho triunfos en ciento noventa peleas.

Jimmy Carruthers originario de Paddington, Australia, con un récord de quince peleas profesionales, derrotó en Johannesburgo a Vic Towell, el 15 de noviembre de 1952.

El argelino radicado en París, Alphonse Halimi logró ascender al primer sitio, cuando derrotó al sordomudo italiano Mario D'Agata, por decisión en quince rounds, el primero de abril de 1957 en París. Hasta esa fecha había sostenido dieciocho peleas profesionales. Antes, cuando se dedicaba al box de aficionados, había sido campeón de Francia durante tres años consecutivos. En total sostuvo ciento ochenta y nueve peleas como aficionado.

El brasileño Eder Jofre se convirtió en el cuarto boxeador de peso gallo que obtuvo el título sin sufrir derrota, cuando

venció al mexicano Eloy Sánchez, el 18 de noviembre de 1960. Esta pelea fue la número treinta y ocho para el brasileño, que había logrado veinticinco triunfos por nocauts, diez por decisión y tres empates.

Con estos datos nadie dudará de la capacidad de nuestro campeón; con sus triunfos no sólo se colocó a la par de los grandes peleadores de su categoría, sino que se situó muy por arriba de ellos, gracias a su numeroso récord. Nunca antes nadie había logrado acumular tal número de victorias antes de disputar un campeonato. Por todo esto, la firma de Lionel Rose que lo comprometía a exponer el título ante el mexicano, no sólo era obligada; sino que era un acto de justicia para un muchacho que había demostrado tener las cualidades suficientes para aspirar a la realización de sus esfuerzos: la disputa del cetro mundial.

Dos hombres desempeñaron importante papel dentro de la carrera de este campeón: Arturo “Cuyo” Hernández y Manuel “Chilero” Carrillo.

Don Manuel Carrillo, al igual que el “Cuyo” Hernández, se mantuvo más de cincuenta años dentro del boxeo; peleando en sus primeros años y como entrenador después. Como boxeador sostuvo algo más de veinte combates, récord que no le satisfizo porque sus triunfos fueron iguales que sus derrotas. Bajo su dirección estuvo el famoso “Kid Azteca”, quien durante todo el tiempo que él lo dirigió, solamente perdió dos combates en más de sesenta y cinco peleas.

Manuel Carrillo fue el primer hombre que vio en Olivares facultades para este deporte; fue el quien le enseñó lo elemental y lo inscribió en el torneo de selección para la Olimpiada de Tokio, y fue también quien tras el fracaso en esta empresa, lo impulsó al campeonato de los “guantes de Oro”.

De Arturo “Cuyo” Hernández poco hay que decir que no sea conocido, fue sin duda, el manejador más discutido dentro del box profesional mexicano. Bajo sus enseñanzas se desarrollaron púgiles tan renombrados como Rodolfo “Chango” Casanova, “Kid Azteca”, Rodolfo Ramírez “El Rielero”, Memo Valero, Pedro Ramírez, José “Toluco” López, Fili Nava y otros más. Durante su vida como entrenador y representante, sus pupilos obtuvieron varios campeonatos nacionales y tres disputaron el título mundial, aunque sin éxito; ellos fueron: Memo Valero, Leonardo López y Pedro Ramírez.

El campeonato mundial obtenido por Olivares fue el primero que llegó a alcanzar un boxeador dirigido por el “Cuyo” Hernández. En su historia figuran otros dos campeones mundiales, Juan Zurita y Manuel Ortiz; pero

éstos se pusieron a sus órdenes una vez ya coronados. Olivares fue el primer boxeador que formado bajo su tutela le brindó la satisfacción tan largamente acariciada. Siempre que se le solicitaba su opinión sobre la conducta de Rubén como boxeador, respondía “Nunca tengo problemas para que entrene, es un joven bastante responsable, consciente de que sin un buen entrenamiento, no son muchas las posibilidades de triunfo”.

Retirado del boxeo, Rubén Olivares, nuestro gran “Púas”, ha realizado varias actividades: cine, teatro, política, etc. y, a pesar de no haber llevado una vida sosegada, no ha dado motivo a críticas y el público lo sigue considerando un ídolo.



Rubén Olivares, el famoso “Púas”, ahora dedicado a otras actividades

“MANTEQUILLA” NÁPOLES.

LA BÚSQUEDA DE UN CAMPEONATO

Durante trece rounds la izquierda rápida y precisa de “Mantequilla” Nápoles, reforzada por una derecha lanzada con determinación de triunfo, fue minando la resistencia del campeón mundial de peso welter, Curtis Cokes. Por fin había llegado la oportunidad tantas veces buscada y no iba a desaprovecharla y decepcionar a los que creían en él. El tremendo golpeo de derecha del texano, nunca halló el cuerpo de Nápoles para asestarle un golpe certero, porque éste parecía tener medida la distancia de su adversario y siempre sabía eludir los golpes.

Cuando fue suspendido el combate, el rostro de Cokes semejava una máscara sanguinolenta; aquella faz sonriente del inicio, había cedido su lugar a una que era reflejo fiel del dominio aplastante del boxeador avencidado en nuestro país.

Esa noche, Nápoles dio una cátedra de lo que es el arte del buen boxeo, Cokes demostró el por qué había retenido

el campeonato hasta entonces. El texano siempre fue un boxeador inteligente que supo utilizar su mano izquierda para abrir paso al lance de su derecha decisiva, pero esta vez la astucia del retador venció la confianza del campeón, que quizá no esperaba tal adversario, con esa velocidad de puños que lo mantuvo más ocupado en defenderse que en atacar.

Cansado de esperar la oportunidad de disputar un campeonato mundial, durante más de cuatro años, lapso en el que subió del peso ligero al welter, “Mantequilla” firmó para la primera pelea del 18 de abril de 1969, un contrato que, explícita e implícitamente, contenía una cláusula de revancha en caso de que él triunfara. Como logró lo que se proponía, el desquite se organizó para el 29 de junio del mismo año, en la ciudad de México. No obstante el despliegue de publicidad, hecho por los organizadores, el público no asistió en el número que se esperaba; quizá por la suspicacia de los espectadores a que fuera esta nueva pelea, únicamente el escenario para devolverle al ex campeón el cetro que había sido suyo. El aficionado mexicano es un poco escéptico para estas cuestiones, aún recuerda el caso de Juan Zurita, quien conquistó el campeonato mundial ligero, reconocido por la Asociación Nacional de Boxeo de Estados Unidos, y cuando lo defendió tres meses después de haberse coronado, en el Toreo de Cuatro Caminos, fue vapuleado por su rival, Ike Williams. Existía esta incertidumbre, no por dudarse de José Ángel Nápoles o de sus dirigentes, sino por recelar de las personas que manejan el box en el vecino país del norte, quienes de una u otra forma habían impuesto la mencionada cláusula de revancha.

Pero llegó el día de la pelea y el cubano-mexicano aunque con menor velocidad que en la primera, volvió a someter a su oponente; esta vez necesitó tres rounds menos que en Los Ángeles, a pesar de haberse lesionado la mano



Cartel de promoción de la pelea entre Juan Zurita y Ike Williams por el campeonato mundial de peso ligero

izquierda en los primeros rounds. En esa pelea aunque Cokes opuso mayor fortaleza que en aquella ocasión, el cuadro final fue el mismo; la misma izquierda del primer combate; la misma determinación de triunfo de Nápoles; la misma impotencia del estadounidense.

No se quiere decir con esto que el campeón welter nunca hubiera tenido momentos de peligro ¡no! Cuando Cokes pudo acertar sus fuertes golpes de derecha, puso al cubano en aprietos y ni aún así dejó éste de lanzar sus puños. La desesperación se reflejaba en el rostro del retador, al notar que sus mejores golpes no mellaban la resistencia del monarca. Los rounds de mayor peligro para Nápoles fueron el segundo y el séptimo; en ellos Cokes asentó fuertemente sus puños, aunque no pudo completar su labor, debido a la forma en que su rival contraatacó.

En el tercer round parecía que el retador se desplomaría bajo la serie de fuertes golpes, pero su profesionalismo lo mantenía de pie. A partir del sexto asalto la historia estaba escrita, solamente una reacción violenta del texano hubiera podido darle la victoria. En ese round apareció una inflamación en el ojo derecho de Cokes, la cual a cada momento se tornaba más peligrosa, y fue la que a la postre determinó su derrota.

Si comparamos esta segunda pelea con la sostenida en Los Ángeles, es indudable que esta última fue sólo una caricatura de aquélla; no porque haya sido de pésima calidad, sino porque la primera fue una de esas peleas que rara vez se dan en el boxeo. En ella, todo fue técnica y determinación de triunfo; en la segunda, habiéndose cambiado los papeles, el retador de aquélla ahora era el monarca y éste ya conocía el estilo de su contrincante, en ningún momento “Mantequilla” se expuso demasiado y en las ocasiones en que se dejaba llevar por su espíritu de lucha y se arriesgaba, la voz de su entrenador lo hacía recapacitar y volvía al plan delineado.

Uno de los primeros aficionados que vieron en “Mantequilla” Nápoles la figura de campeón, fue el Ing. Hugo Gutiérrez, y fue él quien nos dio sus impresiones sobre la personalidad del cubano, como boxeador.

Desde la primera pelea que lo vi en México, contra Enrique Camarena en 1962, me di cuenta de que su manera de desplazarse sobre el cuadrilátero era elegante y proporcionada, y que en ese boxeador había un futuro campeón mundial. No es que sea adivino; sino que tengo muchos años de ver este espectáculo, y cualquiera en esas condiciones podría notar la calidad del muchacho. Aunque quizá también haya sido sólo un golpe de azar, porque nadie me aseguraba que “Mantequilla” se iba a cuidar

como era debido, o que habría de obtener una oportunidad por el título; pero en cuanto a posibilidades no quedaba.

A nadie escapa que a cualquiera le desanimaría derrotar boxeador tras boxeador, clasificados mundialmente o no, en busca de una pelea titular y no llegar a ésta. Por ello, vimos a un “Mantequilla” sin condición, que aun cuando ganaba no convenía; esto lo vimos en sus últimas peleas antes de enfrentarse a Curtis Cokes —reflexiona nuestro entrevistado—; pero ya ve usted, cuando entrena ¡qué peleas ofrece! Es agradable verlo accionar sobre el ring.

Si le impusieron una pelea de revancha como condición para darle la oportunidad por el campeonato, considero que hubiera sido torpe no aceptar (don Hugo se enfada al decir esto). La cláusula de revancha es una ley no escrita que protege a los campeones mundiales, y el retador debe plegarse a ella, si no nunca obtiene una pelea titular. Y si “Mantequilla” estaba seguro de pegarle al campeón, lo mismo daba que fuera una o dos veces, sólo que en la segunda, él sería el que cobraría más, y entre más veces peleé defendiendo su título, más dinero será el que gane.

Es humano que pugnen por pelear varias veces; la vida de un boxeador es corta y deben de obtener el máximo beneficio durante su vida profesional, para que cuando se retiren no pasen penalidades, para que no les suceda lo que ha ocurrido con tantos boxeadores, como Rodolfo Casanova, Ricardo Moreno, y otros, que ahora da lástima verlos. Algunos como el “Pajarito” Moreno, llegaron a cobrar fuertes sumas, pero no les supieron administrar su dinero. Ojalá que José Ángel Nápoles sí cuide sus ingresos y que cuando se retire sepa utilizarlos bien.

Si la segunda pelea contra Cokes, escenificada en la Plaza México, la viéramos de aquí a veinte años, le aseguro que causaría admiración, igual que la motivó la primera; porque fue una contienda verdaderamente inteligente por parte de nuestro personaje. Pero claro, los aficionados aún tenían el sabor que les había dejado la primera y no se mostraron muy satisfechos. Fue muy corto el lapso entre una y otra, por eso la segunda edición sale perdiendo en la comparación.

En esta pelea —continúa nuestro amigo— Nápoles fue incesante hostigador de su rival; si alguna persona no hubiera tenido antecedentes del combate y le hubieran dicho que era una pelea por un campeonato mundial, habría pensado que el retador era “Mantequilla”. Su manera de llevar la pelea me recordó la forma en que peleaba Vicente Saldívar cuando defendía su campeonato; aunque no con el mismo estilo ni con la misma técnica, pero sí con las mismas ansias de triunfo, con el mismo deseo de demostrar quién es el mejor.

En la actualidad —prosigue nuestro interlocutor— no creo que haya un peso welter en el mundo que pueda enfrentarse a Nápoles, incluso voy a externarle una opinión que me ha valido serías críticas; considero que si lo enfrentan con el italiano Nino Benvenuti, campeón mundial medio, aun con todas las ventajas de peso que éste llevaría, pues José Ángel es un peleador que podía bajar al peso ligero, nuestro campeón le arrebataría el cetro al europeo; sólo falta que éste acepte el combate, cosa que

veo bastante difícil. Más aún si “Mantequilla” derrotara a Emile Griffith, porque éste aunque ya está acabado, todavía pesa en el boxeo. Si Nápoles se enfrenta al neoyorquino le dará también ventaja en el peso, porque aunque a la hora del pesaje, Griffith marque el límite del peso welter, a la hora del combate estará en peso medio. En caso de no ganar por nocaut, “Mantequilla” daría tal demostración que los jueces no podrían dar un veredicto en su contra, por lo que considero que debe enfrentarse a Emile Griffith, sin importar la localidad donde lo haga.

Como actualmente no veo ningún enemigo peligroso para Nápoles tendremos que conformarnos con verlo en peleas de administración. Pero en el box, de un momento a otro, puede aparecer un peleador que le llegue a la altura. Considero que cuidándose debidamente, “Mantequilla” puede seguir peleando durante mucho tiempo. Estoy seguro de que su carrera ha sido limpia, que no ha recibido favoritismo de la publicidad.

Contrario a lo que muchos piensan, yo no creo que la pelea haya estado arreglada, porque era lógico que volviera a pelear con Cokes; esa es una cláusula del contrato. Además, siempre debe buscarse el lado bueno de las cosas, especialmente en este deporte al que tanta falta le hace. Debe buscarse el lado bueno para animar a la juventud y atraerla hacia él; muy a propósito —dice el Ing. Gutiérrez— hay una frase de mi amigo Alberto Cadena Z.: “más vale un buen puñetazo en la nariz que un disparo o una puñalada”. No quiero meterme en indagaciones de que si las peleas están arregladas o no; en el box como en todos los negocios, hay hombres que actúan honestamente y otros que no.

A Nápoles lo comparo con Joe Louis, por su buen estilo; aunque le pusieran un mastodonte enfrente, al tercer round ya sabía él como boxearlo. Siempre estuvo parado en su lugar y en la distancia requerida.

Para conocer por boca del campeón, su crítica sobre sí mismo, así como las peripecias que vivió en su país de origen, antes de llegar a nuestra tierra, me di a la tarea de entrevistarle a fines de la década de los sesenta.

A primera vista, tuve la impresión de que me encontraba frente a una persona a quien la gloria de haber obtenido el campeonato mundial de los pesos welter, había hecho sentirse muy por encima de los demás. Me recibió con un saludo seco, acompañado de una mirada firme y serena que reflejaba una gran seguridad. Pero a medida que comenzamos a entablar el diálogo, su actitud fue cambiando notablemente, dejando fluir su verdadero carácter, el del típico cubano: dicharachero, bromista y despreocupado. Respondió a las preguntas sin darles la debida importancia, sin pensarlas demasiado; pareciera que las adivinara y que sólo esperara el momento propicio para dar su contestación.

En raras ocasiones hubo necesidad de interrogarlo dos veces sobre un mismo punto, y siempre contestó más ampliamente de lo esperado. En cada una de sus expresiones,

afloró la satisfacción que sentía por cada uno de sus logros, era un hombre complacido con lo que la vida le había brindado.

Me inicié en el boxeo de aficionados bajo las enseñanzas de “Kid Bururú”, boxeador con estilo bastante raro, muy parecido al de Cassius Clay, estuve con él cerca de tres años. Aprendí bastante en esa época, sobre todo, a eludir al contrario; tanto que de ahí me viene el mote.

Me gustaba mucho boxear, pero era necesario procurarme un ingreso, así que me dediqué a varias cosas antes de cobrar un sueldo como boxeador. Como nada más aprendí a leer y escribir, y esto no era suficiente para dedicarme a otra cosa, “Kid Bururú” pensó en que me hiciera boxeador profesional, para tal caso me presentó con “Kid Rapidez” quien después de hacerme una prueba, me llevó a La Habana en donde aparte de boxear, me puse a manejar un camión de pasajeros.

Era la primera vez que salía de Santiago, en donde nací, en abril de 1940, el 13 para ser exactos. Mi madre, doña Lugarda Colombaut, le encargó a “Rapidez” que me cuidara y me guiara con afecto y cariño; porque los dos éramos de la misma raza. Mi padre, don Pedro Nápoles, había muerto cuando yo apenas contaba con seis años; él fue nuestro maestro de escuela. Al morir él, mi progenitora tuvo que dedicarse a lavar ropa ajena para sostener a mis cinco hermanos y a mí. Por eso yo tenía la necesidad de hacer dinero en el boxeo.

En 1954 gané el campeonato de peso gallo de los Guantes de Oro, en Santiago, y “Kid Rapidez” me llevó a la Academia Nacional de Boxeo, en La Habana, de la cual era el encargado y cuyo director era el famoso “Kid Chocolate”. Puedo decir que ahí se gestó el boxeador que soy ahora. Por ese mismo año, iba a venir a México con el equipo de aficionados, pero un incidente me lo impidió. Sucedió que un sujeto golpeó a mi hermano menor y al salir yo al desquite, se me enfrentaron varios individuos con los que me lié a golpes y me expulsaron del equipo, por no guardar la debida compostura.

Debuté en La Habana a los quince años de edad, casi, y sostuve más de ciento diez peleas como aficionado; pero a mí me urgía cobrar por lanzar golpes, así que siempre le estaba preguntando al “Rápido” cuándo debutaría como profesional, a lo que él me contestaba que todo a su debido tiempo; que era necesario una mejor preparación, ya que los golpes en un ring de paga eran más fuertes que en uno de aficionados.

Por fin, a los diecisiete años hice mi primera pelea profesional, contra Julián Pérez, a quien le gané por decisión. No cabe duda que tenía razón mi consejero, no es lo mismo golpearse por afición que cobrar por ello. Yo hubiera querido noquear a mi contrincante, pero no lo logré. Lo que me conformaba era que había sido mi primera contienda en el terreno profesional y la había ganado.

Profesionalmente realicé unas veinticinco peleas antes de abandonar Cuba y cuando estaba a punto de disputarle el campeonato nacional ligero a Robinson García, advino el mo-

vimiento revolucionario. Los negros sabíamos que en nuestra patria solamente podíamos ser beisbolistas o boxeadores; así que cuando se realizó la revolución yo no sabía más que boxear para ganarme la vida y como no había lugar en el nuevo sistema para los peleadores profesionales, tuve que emigrar. Únicamente por referencias conocía México —ya dije, cuando pude venir desaproveché la oportunidad—; pero no quise ir a ningún otro país; quería estar cerca de Cuco (Cuco Conde, famoso promotor de boxeo) y del “Rápido”; fue entonces cuando decidí venir a radicar aquí, para continuar mi carrera.

Llegué a México en 1961, aquí se encontraban ya Cuco Conde, “Kid Rapidez”, Ultiminio Ramos y otros boxeadores que, al igual que yo, se vieron precisados a abandonar a sus familiares con el fin de proseguir su vida profesional. Desde el primer momento experimenté el afecto del público mexicano, el cual siempre me ha tratado no como extranjero, sino como su paisano. Aquí no extraña uno su tierra, la gente se comporta con nosotros como si fuéramos amigos de toda la vida, con mucha confianza y afecto. Esto hace que siempre tratemos de superarnos para no causarles una desilusión.

Mi primera pelea en México la sostuve contra Enrique Camarena, en julio de 1962, y gané por nocaut en el segundo round. Era mi presentación ante un público que no conocía y entré nervioso al ring; pero tenía deseos de agradar y en cuanto tuve la oportunidad lancé mis mejores ataques con el resultado ya sabido

Después de su llegada a México, “Mantequilla”, no necesitó mucho tiempo para colocarse en el sitio de los aspirantes al campeonato mundial de peso ligero, división en la que militaba al salir de su país natal. Fue enfrentado a Bernabé “Baby” Vázquez, “Kid Anáhuac”, Alfredo “Canela” Urbina y otros, que representaban lo mejor que había en México dentro de esa división. Según declaraciones del campeón, el boxeador mexicano más peligroso que se le presentó en su camino, fue “Baby” Vázquez, boxeador ejemplo de longevidad en el boxeo profesional mexicano, que vio pasar varias generaciones de boxeadores y aún continuaba como peleador activo a finales de los años 60, únicamente comparable al ex campeón mundial del mismo peso, el norteamericano José Brown.

Aunque “Baby” Vázquez perdió por decisión la pelea que sostuvo con Nápoles, le hizo sentir la calidad de su estilo. Vázquez no pegaba duro, pero conocía perfectamente todos los recursos del deporte para no presentar blanco fácil a sus rivales; así sean tan certeros como “Mantequilla”. Esta pelea representó la prueba definitiva para comprobar la calidad del cubano. Durante casi todo el combate, el público estuvo de pie gozando tanto de la elegancia al lanzar “Mantequilla” sus golpes, como de la finura de “Baby” Vázquez al eludirlos;

fue una de esas peleas que dejan plenamente satisfechos a los aficionados.

Otro gran obstáculo para Nápoles, fue Alfredo “Canelo” Urbina, quien en su primera batalla lo derrotó por amplia decisión. ¡Qué cara le resultó más tarde esta osadía al mexicano! En las dos siguientes peleas fue vencido por nocaut; en la primera noqueó a Urbina en el round inicial; en la segunda necesitó de dos asaltos más. Por esa época, Urbina aspiraba al campeonato mundial ligero, que estaba en manos de Kenny Lane y éste se guardaba muy bien de no enfrentarse a nuestro púgil, por la seguridad que tenía de perder, tal vez, el cetro si lo hacía. Por esta razón, cuando “Mantequilla” derrotó en forma tan contundente al “Canelo”, su hazaña lo hizo ganar renombre mundial y el temor entre los monarcas.

Una vez consolidada su posición, nadie que se encontrara clasificado mundialmente quería enfrentársele, así que para poder subsistir tuvo que pelear con boxeadores de segunda fila, muchos de los cuales le proporcionaron más sinsabores que gloria; uno de éstos fue el “Bucanero” L. C. Morgan, quien en una de sus tantas peleas lo noqueó en el tercer round, afrenta que después fue cobrada debidamente.

Nápoles recuerda con cierta amargura las respuestas que le daban los campeones, cuando se les proponía un encuentro con él; el panameño Ismael Laguna que arrebató el campeonato ligero al boricua Carlos Ortiz, se negó a pelear, escudándose en la estimación que le guardaba. Carlos Ortiz al reconquistar el cetro, también recibió varias proposiciones y nunca se decidió a darle una oportunidad.

Pasó el tiempo y Nápoles subió de peso, con la esperanza de que en welter junior pudiera obtener la soñada oportunidad; pero existía la misma situación de antes, nadie le daba ocasión de disputar el campeonato. El campeón de esa división, Paul Fuji, mostraba la misma actitud de Laguna y Ortiz; prefería pelear por menos dinero, pero con boxeadores que no representaran peligro para su reinado.

Volvió a subir de peso, con la misma mira, y vuelta

a desilusionarse, ninguno quería pelear con él. Ante este panorama, tuvo que vérselas hasta con boxeadores de peso medio, a quienes les otorgaba varios kilos de ventaja. Estas actuaciones le acarrearón mayor temor por parte de los campeones, todos pensaban que si en desventaja vencía a sus oponentes. ¿Qué sería en igualdad de condiciones?

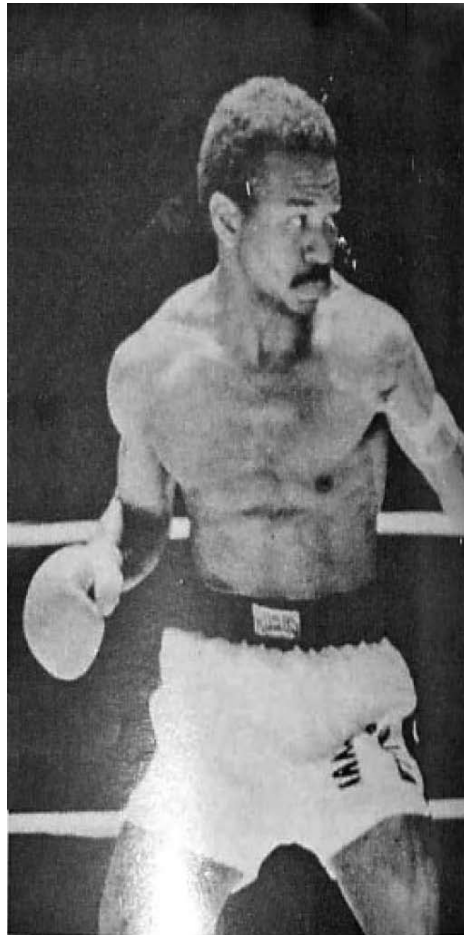
Cuando Emile Griffith fue desposeído del campeonato mundial welter por una corte estadounidense, debido a que había conquistado el campeonato mundial medio y como ningún boxeador puede ostentar más de un campeonato, se realizó una eliminatoria entre los mejores de la división para que surgiera un nuevo campeón. Y aunque Nápoles estaba clasificado entre los primeros lugares, fue excluido sin que las autoridades boxísticas dieran una explicación. De aquí resultó campeón Curtis Cokes, que pudo eludir a “Mantequilla” hasta el 19 de abril de 1969, fecha en que fue destronado por éste.

Hasta esa fecha, José Ángel había sostenido cincuenta y ocho peleas, de las cuales había ganado cincuenta y cuatro y perdido cuatro, tres por decisión y una por nocaut. De sus victorias treinta y nueve las consiguió antes del límite y únicamente quince alcanzaron el número de rounds a que estaban fijadas. El único hombre

que le había enviado a la lona para la cuenta final, fue el norteamericano L. C. Morgan, en la segunda pelea que sostuvieron el 22 de agosto de 1966. Los únicos boxeadores mexicanos que le derrotaron fueron Tony Pérez y Alfredo Urbina, ambos en 1963. De todos los boxeadores que se preciaron de ganarle al “Mantequilla” Nápoles, el que no pagó la afrenta de derrotarlo, es el cubano Milton Smith, quien por cierto fue el primero en vencerlo dentro del terreno profesional.

Es muy curioso conocer que los dos boxeadores que mancharon el historial de “Mantequilla”, Smith y Morgan, lo hayan derrotado un 22 de agosto, sólo que con siete años de diferencia.

Al hablar de “Mantequilla” Nápoles, no se puede olvidar al hombre que encauzó las habilidades del deportista,



“Mantequilla” Nápoles arriba del cuadrilátero

nos referimos a Alfredo Cruz, mejor conocido como “Kid Rapidez”, que cuando joven fue discípulo de aquel gran boxeador “Kid Chocolate” y más tarde director de la Academia Nacional de Boxeo de La Habana, en donde se forjaron muchos peleadores que dieron brillo y resonancia mundial a Cuba dentro de este deporte.

Entre los grandes campeones que estuvieron bajo su custodia, “Kid Rapidez” mencionaba a José Stable, ex-campeón mundial welter también; Benny “Kid” Paret, infortunado peleador que al disputar con Emile Griffith el cetro universal que llegó a ostentar Nápoles, murió en plenitud de su carrera; Ultiminio Ramos, cuyas hazañas le hicieron comparable con el mejor estilista de todos los tiempos, Ray “Sugar” Robinson, y otros más de no menor importancia que el “Rápido”, como cariñosamente lo llamaban sus amigos, llevó a las cimas de este deporte.

Respecto a Nápoles, Alfredo Cruz me relató cómo era cuando lo conoció y las peripecias que pasaron juntos para llegar al sitio que con tanto sacrificio conquistaron:

Desde que tenía trece años le he dirigido yo, conmigo aprendió las primeras cosas dentro del boxeo. Su iniciador fue un tío suyo que lo hacía pelear con los muchachos de su barrio; sólo que ese señor no le enseñó nada, únicamente a pararse frente a otros muchachos y lanzarle golpes. Cuando lo conocí, yo estaba en La Habana como jefe de la Academia y como tenía varios prospectos a mi cargo, no pude lanzarlo inmediatamente, sino hasta después de dos años.

Estoy satisfecho con su conducta, nunca ha sido rebelde para entrenar, sólo hasta ahora que se siente ya seguro falla un poco; pero una cosa sí le digo, cuando tiene pendiente una pelea importante es bastante dedicado. Considero que como ya no es un muchacho muy joven, es preferible que entrene únicamente cuando va a sostener una pelea; porque si lo hiciera como lo hace por ejemplo, Vicente Saldivar, estoy seguro de que se agotaría. Además, él sabe el tiempo que necesita para mantenerse en óptimas condiciones; ya lo conozco y sé que sabe cumplir. A veces me desespero y le llamo la atención, pero “Mantequilla” es algo muy especial; es muy juguetón y parece que no tomara en serio su trabajo, por esto tenemos algunas fricciones, pero al final de cuentas, él termina por obedecer.

Yo no quería que la segunda pelea contra Curtis Cokes se realizara tan pronto; ya que así se le hubiera evitado castigo innecesario a José Ángel; pero los promotores lo quisieron así y yo no pude hacer nada. Si esa segunda contienda se hubiera realizado con dos o tres semanas más, “Mantequilla” hubiera alcanzado una excelente preparación y su mejor peso, con lo cual el texano no hubiera pasado del cuarto round. Usted vio que mi muchacho estaba más lento que en la primera pelea, por eso recibió varios

golpes fuertes que lograron ponerlo en malas condiciones; si se hubiera atendido mi deseo, eso no habría sucedido. No obstante esa situación, mi campeón demostró ser el mejor del mundo.

La gente no comprende por qué no aceptamos de inmediato la pelea contra Emile Griffith, pero es muy sencillo; todos los campeones mundiales tienen un plazo para exponer el título contra quien deseen, siempre y cuando el retador esté clasificado entre los diez primeros lugares; una vez cumplido el lapso, sí están obligados a enfrentarse al retador número uno. Por ello, nosotros deseamos, haciendo uso del derecho que tenemos, pelear primero con un boxeador de poco peligro, porque José Ángel ha sostenido últimamente las dos peleas más duras de su carrera y necesita reponerse.

Además, Griffith ni siquiera está clasificado entre los pesos welter, él es un peso medio natural y por eso aspira al campeonato de esa división. Los aficionados exigen que el campeón demuestre en cada pelea, las cualidades que le han hecho ostentar el título, y están en lo justo; pero nosotros también tenemos derechos, no solamente obligaciones. Considero injustas las opiniones que se han vertido por nuestra negativa, pelearemos contra el sombrerero de Nueva York, pero a su debido tiempo.

Cuando “Mantequilla” era el retador nadie quería darle la oportunidad y ahora que es el campeón, todos quieren que exponga su cetro con los boxeadores más peligrosos. Nadie más que nosotros desea la pelea contra Griffith; primero, para que no se autotitule “verdugo de los cubanos”, porque si le ha ganado a Luis Manuel Rodríguez, ha sido porque éste es un boxeador que alterna las actuaciones formidables con las pésimas; seguro, porque él asesinó a uno de mis boxeadores, “Kid” Paret; si digo que lo asesinó, es porque en realidad eso ocurrió, el réferi debió suspender el encuentro cuando vio que Paret no estaba en condiciones de seguir defendiéndose; pero no lo hizo y Emile terminó por masacrarlo”.

Una vez retirado del box, “Mantequilla” organizó un conjunto tropical en el cual tocaba las tarolas, tuvo un restaurante e incursionó en el cine, pero desafortunadamente no hizo ningún ahorro que le hubiera permitido vivir decorosamente y en la actualidad vive en la pobreza.

Valga este reconocimiento a Tepito y a los grandes del boxeo que en él se han formado, para reivindicar al barrio bravo, convertido hoy en día, a decir del Jefe de la Policía Capitalina, “en el principal punto de venta de drogas en la ciudad”, porque Tepito, aunque no es un barrio modelo, sí es un barrio ejemplar por la bravura y resistencia con que ha difundido su raigambre, su espacio urbano y, sobre todo, su esencia e identidad. •

ROMÁN VIDAL TAMAYO es economista, experto en asuntos internacionales y cronista de box.